

SUBIR AL CIELO

NADIE dudará en Alcázar de la trascendencia de este acto de fraternidad ultraterrena que los más íntimos llevaban a cabo a continuación del sepelio de un amigo.

No es exclusiva de aquí esta costumbre, ni hay por qué meterse ahora a dilucidar la raigambre de tales hábitos en la especie humana, ya que nuestros fines son mucho más modestos y circunscritos. Sin embargo, se ha de decir algo sobre el espejo ese de Madrid donde siempre se miró Alcázar y donde era obligado obsequiar a los acompañantes con sendos frascos de tinto, antes de despedirse, en los tenduchos de las Ventas del Espíritu Santo.

En Alcázar la escena no salía del ambiente doméstico y ante lo irremediable del caso y lo ineludible de su repetición, los amigos se dejaban invadir por un humor socarrón y se metían en cualquier cocina a «tomar un bocao» y hacer un zurra, algo mayor que los de diario y un poco más chico que los de los domingos. A pesar de esta calibración, rigurosamente cierta, porque en mi casa y ante mí se ha subido a mucha gente al cielo, esta atención que era una obligación con el amigo fallecido, ponía a la gente siempre un poco delantera e incluso a punto de gatear. Claro, que como era ya lo último que se podía hacer por el amigo ido, el que más y el que menos se sacrificaba y hacía un esfuerzo que sellara para siempre los lazos de compañerismo de la cuadrilla. (Por entonces, la palabra **compañero** se empleaba casi exclusivamente en el sentido que ahora se usa la de amigo).

Todas las escenas finales de la vida eran revisadas en ese momento, aquilatando los detalles más salientes de cada caso. La enfermedad, el testamento, los Auxilios Espirituales y la situación familiar. Y los distintos oficiantes, el médico, el notario, el cura y los albaceas, repasando la actuación de todos ellos, puntualizando sus cualidades y concluyendo lo que hubiera debido pasar para que todo hubiese estado bien.

No pocas veces se hacían cábalas sobre cuál de los reunidos desfilaría el primero y su posible destino en el otro mundo, no siendo raro que en el mismo momento se procediera a «arreglarlo» de la mejor manera, abrogándose cada uno el papel de los que al fin habrían de intervenir en la preparación y despacho del futuro cadáver.

Hay que reconocer que Ulpiano tenía aptitudes polifacéticas, pero hacía de cura como nadie, aunque Cuartero le untaba la oreja algunas veces. Paniagua tenía especialidad en los testamentos, dejando en pañales a D. Trinidad; de médico y albaceas hacían todos bien, aunque alguna vez lo hizo D. Magdaleno mismo y no es menester decir con qué énfasis.

Terminada la función, al irse solían repasar si se les había olvidado algo que pudiera constituir falta por su parte. Se hablaba de los hijos y sobre todo de la viuda. El consuelo de la viuda se tomaba muy en consideración. Los más recalcitrantes se agarraban a los «escrúpulos» y so pretexto de incompetencia querían ir a preguntarle lo mejor a las mujeres de los reunidos, sacando a relucir las condiciones de cada una. Casi siempre se imponía el temor de «enredarla» llegándose a la conclusión de que la viuda no precisaría nada, porque la muerte del hombre la habría dejado en el mayor descanso y se resignaban a irse conformes y de acuerdo en que el querido amigo, compañero de cuadrilla y actuante en todas sus obligaciones, los esperara por «allí» muchos años, prometiendo arreglárselas de manera para no echarlo de menos «por aquí». Era lo más sensato. ¿Qué iban a hacer los pobres hombres?